

"EL CREPUSCULO FALANGISTA", por Adamastor.

España, al igual que Irlanda, es un país desgraciado, cuya condición encierra unos factores que va siendo hora de que los sectores de opinión pública bien informados muestren su conocimiento de ellos, si queremos que esta vez no se nos sorprenda como en 1936, sin una política con respecto a España. No basta con que quien simpatiza con los del centro-izquierda manifieste su desprecio del régimen falangista o contra el régimen republicano anterior, quien simpatice con la derecha. Las naciones continúan teniendo los gobiernos que se merecen, al igual que similarmente tienen sus políticas extranjeras, y es inútil luchar contra la lógica de los acontecimientos, cuando no se manejan otras armas que los prejuicios. Bajo el trasnochado punto de vista del historiador, se verá al falangismo en perspectiva como un simple nuevo paso-atrás de la larga serie que el pueblo español ha experimentado en su marcha por el valle de tribulación. Da pena, pero no nos sorprende, puesto que en este último intento de derramar sobre los españoles las bendiciones de un "nuevo orden", el énfasis está en el "orden". Toda la novedad que ofrece no pasa de meros adornos. Estaba previsto y no se ha errado en el cálculo.

Y ahora que la turbulencia se disipa, lo que hay que proclamar es la causa de la misma y los medios que es necesario poner en práctica para asegurarnos de que no volverá a repetirse.

Durante el siglo XIX, vivió España treinta y dos años de guerras civiles e internacionales. Más que ningún otro país en Europa. Y es este un hecho que nos ayuda a explicarnos la razón por la que los españoles que tienen algo que perder, tiendan a juzgar los regímenes en términos de orden, aunque no es justo que sólo por este hecho, condenemos a todos españoles como partidarios de la reacción. La doctrina falangista trae causa de la J.O.N.S. (Comités de Acción Nacional-Sindicalista) que con los falangistas propiamente dichos y los tradicionalistas, constituyen el discordante y multicolor Partido único; la Jons no tuvo su origen en tiempos de la república, sino durante los últimos meses de monarquía. Su programa, que constituye el meollo de los "26 puntos", adoptado oficialmente por Franco en 1937, no representaba un desafío contra los republicanos, sino que al igual que los propios republicanos apuntaba contra la podredumbre de la España de los Borbones. Y el programa social de la Jons tiene mucho que pudieran suscribir los propios republicanos - nunca se olvidará que los nacionalistas se quejaban de que los famosos "13 puntos" de Negrín de 1938, fueron robados de sus 26. Pero hubo muchos que se desilusionaron con los primeros años de República y en 1934 la Jons se fundió con el partido falangista, fundado el año anterior por el hijo del dictador General Primo de Rivera, cuyas relaciones le unían al ejército, a la Iglesia y a la aristocracia. El resto fue una consecuencia.

Cuando comenzó la guerra civil en 1936, los liberales ingleses emplearon el argumento de que era inherente al credo liberal el derecho a revelarse contra un régimen que se muestre impotente para mantener la constitución o para suprimir la violencia del populacho. Aunque la cosa no fue tan simple, hubo sin embargo millones de españoles que indudablemente se adhirieron a los rebeldes en la creencia de que luchaban en

favor de todo lo que la vida tiene de decente. No se puede tampoco culpar exclusivamente al ejército, de que fuese el único que ha podido cubrir el vano que se producía en España, cada vez que se derrumbaba el orden público, desde que España por primera vez gustó de lo dulce y lo amargo del constitucionalismo en 1812. Pero desde luego, el ejército es un problema para el futuro de España: tiene demasiados oficiales; viven en ocio excesivo; son demasiado conscientes del espíritu de casta y tienen una larga tradición de meterse en política. Pero el problema fundamental, no es este. El colapso de la dictadura de Primo de Rivera en 1930 tuvo lugar cuando el ejército que lo había colocado en el poder, le retiró su apoyo. También fue la inacción del ejército en 1931 la que permitió que se derrumbara la monarquía y se estableciese la segunda república sin disparar un sólo tiro. La república tuvo su oportunidad y su fracaso no se debe a los demás en un todo. Con el simple derrumbamiento del régimen actual, no se dará un futuro de paz y prosperidad en España, si no se reconocen esos factores fundamentales. Un nuevo 1931, conducirá a otro 1936.

Al propio tiempo que el futuro inmediato, tan preñado de nuevas posibilidades y responsabilidades para España, reclama a la meditación a los enemigos del actual régimen, el fracaso de éste invita por su parte a la meditación a los millones que con demasiado agrado le prestaron su apoyo. También su cooperación se hará necesaria en cualquier situación que se produzca. Es indiscutible que el régimen ha fracasado. En el aspecto exterior, dicho régimen ha proclamado al mundo en tonos demasiado extridentes y ofensivos para ser olvidados, su lealtad a la causa que ha ultrajado la conciencia de la humanidad y que está ahora condenada a la derrota. Si, como Franco ha alardeado, la primera batalla del "Nuevo Orden" se dió en España, no puede el general español esperar a sobrevivir la derrota de ese "nuevo orden". En lo interior, se hace innecesario minimizar el poco éxito que el régimen ha tenido en poner nuevamente en marcha la economía nacional, que su levantamiento había echado por tierra. También Primo de Rivera construyó carreteras y puentes, inició planes de irrigación y consiguió que los trenes anduviesen de acuerdo con el horario. Son cosas que les es dado hacer a los dictadores, pero no son las que determinan su derecho a sobrevivir. En su enfática repulsa del sistema capitalista, del programa formal de los 26 puntos de Falange, basta fijarse en su compromiso de hacer imposible la lucha de clases, incluyendo a todos los "productores" en un todo orgánico, y en su promesa de reforma agraria, para darse cuenta de la magnitud de su fracaso en el establecimiento de una España mejor sobre las tumbas de un millón de muertos. Falange ha sido completamente derrotada por el capital. La Ley de Reforma Agraria prometida una y otra vez, no ha pasado de promesas y el único lazo de unión entre obreros y patronos es su común antipatía por todo lo que suene a Falange. "Es intolerable" - reza el Punto número 12, "que las grandes masas vivan en la miseria, mientras que unos pocos gozan de todos los lujos". "Intolerable, en verdad, pero nunca ha sido más hondo y siniestro que en la actualidad, el abismo que separa a esas masas de esos pocos.

No es esto por sí una acusación formal contra la sinceridad falangista. Falange creía muy de veras poder edificar una España mejor sobre bases nuevas. No se trata tampoco exclusivamente de una cuestión de incompetencia o inmoralidad administrativa, aunque estos defectos, corrientes en todo tiempo en España, han alcanzado ahora en la nueva burocracia sindicalista, un grado insospechado. El falangismo estuvo desde un principio condenado al fracaso por su ingenuidad, al creer que el ejército, la Igle-

sia y el capital, que aceptaron la unión con Falange exclusivamente por interés propio, estarían dispuestos a firmar sus propias sentencias de muerte. Para estas fuerzas no existía otro objetivo que el status quo de la tradición. Al lanzarse a la guerra civil, se dió Franco cuenta inmediatamente de que su movimiento necesitaba una base política, y como quiera que la Falange le vino a mano, la adoptó formalmente en 1937, claro está que sin prestarse a que le mandaran; y la tensión entre el partido y el ejército, y entre el partido y los intereses creados, ha sido muy aguda desde entonces. El lema y objetivo original de la Jons "la conquista del Estado", sigue por lo tanto siendo una reivindicación no conquistada, que a su vez constituye la diferencia fundamental entre falangismo y el fascismo y nazismo, pues tanto en Italia como en Alemania un movimiento político se apoderó de las fuerzas armadas, mientras que en España, un ejército en rebeldía adoptó para su propia conveniencia un movimiento político. Esto explica en gran parte el fracaso y carácter falangista.

Pero en cualquier examen que de aquel fracaso se quiera hacer, se verá claramente que es más absoluta aun la incapacidad de ese régimen en estimar los imponderables de la situación. Se acepta por todos el hecho de que cuando ocurrió el colapso de Cataluña en la primera de 1939, el General Franco tuvo una oportunidad que quizá no se repite en siglos, ~~xxx~~ de solucionar las enquistadas políticas y de tipo regional, que han sido la ruina de España. La república se encontraba entonces exhausta y en absoluto "cansancio de guerra". Sus profundas heridas no requerían más que balsamos y tiempo para olvidar. Pero los vencedores, deliberadamente, prefirieron no verter aceite sino vinagre, sobre aquellas heridas, y durante los cinco años que desde entonces han transcurrido no han perdido ocasión alguna de hacer que aquellas heridas continuaran abiertas. La Ley de Responsabilidades Políticas que puso en prisión y campos de concentración a cientos de miles de personas, por el crimen de haber mantenido opiniones políticas distintas, no ha sido más que una nueva indicación de esa política. Otro tanto se puede decir del hecho de que cada vez que los dirigentes falangistas tenían que referirse en discursos o declaraciones, a sus enemigos republicanos, los tildaban constantemente de "rojos". ¿Que se trataba de socialistas castellanos? Burgueses catalanes? Sacerdores Vascos? La verdad no interesaba. La cosa era crear ^{clejos} prejuicios emocionales con el fin colocar sobre los vencidos el estigma de proscritos, y de mantener abierta la sima que les separaba. Uno de los dichos más profundos de Unamuno, es el de que "no basta vencer, hay que convencer". Es posible que el juicio ulterior condenatorio que haga la historia contra el régimen falangista, sea el de que no trató de convencer.

Y no hay que andar mucho para dar con la causa: el miedo. La Falange conoce lo bastante a sus compatriotas españoles, para darse cuenta de que el actual régimen - el "instrumento totalitario" del Punto numero 6, que dispone la abolición implacable del sistema de partidos - está totalmente en pugna con el carácter español. A los españoles, se les podrá dirigir, pero nunca arrastrar. Pero tampoco aguantaran que, a sabiendas, se les dirija hacia atrás. Aunque es posible que tenga todavía mucho que aprender en cuanto a las responsabilidades y dificultades inherentes a un régimen democrático, la nación española inició su marcha por ese camino. Solo tras grandes esfuerzos y después de siglos que lo hicieramos en este país, consiguieron en España un gobierno democrático

y es muy importante lo que ahora está en juego para que se dé aquiescencia alguna a intentos de volver el calendario hacia atrás. Toda nación capaz de moverse hacia su madurez política, debe tener por objetivo el conseguir un gobierno genuinamente representativo, pero no es la forma de gobierno la única que interesa; los españoles saben que el bienestar nacional reclama una renovación radical en la estructura nacional, de tal categoría que merezca la oposición instintiva de las clases gobernantes presentada hasta la última línea de defensa.

Bastará con un ejemplo. "La Iglesia y el Estado" - dice el Punto número 25, "llegaran a un acuerdo en cuanto a sus respectivas jurisdicciones. No se permitirá intromisión alguna de la Iglesia que infrinja la dignidad del Estado o la integridad nacional". El Vaticano ha tenido sus motivos de preocupación grave en cuanto al llamado catolicismo del estado falangista y hasta ahora ha declinado con insistencia el firmar concordato alguno con aquel. En el interin, ^{en Julio de 1946} el estado acordó reconocer como validos los cuatro primeros artículos del Concordato de 1851. Por el primero de ellos se declara que la religión católica es la única religión de la nación, con exclusión de todos los demás cultos. (Durante la guerra civil y para consumo inglés, Franco declaró que la política nacionalista de post-guerra sería de completa tolerancia religiosa). Por el artículo tercero, el Gobierno promete todo su apoyo al episcopado "especialmente cuando se trata de su deber de oponerse a la maldad de los que tratan de pervertir las mentes de los fieles y corromper la moral pública, o cuando haya que prohibir la publicación, importación o circulación de libros malos o perniciosos". He ahí la mano estranguladora del viejo oscurantismo que quiere aparecer nuevamente. Y todavía hay quien ve antagonismo contra Dios y la religión, en la oposición a la Iglesia en España!

De ahí que la razón para aquel miedo, se encuentre a mayor profundidad que en el simple conocimiento de que el régimen sería inmediatamente derrumbado, si se consultara la voluntad popular, y más aún que el saber que el fomentar deliberadamente los odios pueda conducir, con la marcha del tiempo a una nueva explosión de la violencia. El complejo "rojo" de la Falange es carne y hueso de su propio ser. Ha colocado al anti-comunismo como artículo de fé, permitiendo el envío a Rusia de una "División Azul" que puede todavía resultar arma de dos filos, y que se encuentra en lo más profundo del problema español. La Falange no odia al comunismo - el dicho es característico del lexico falangista para todos los movimientos de extrema izquierda: la filosofía genuinamente española de la izquierda es el anarquismo - porque lo haya visto en la practica y haya sido horrorizada por sus excesos. No, teme al Comunismo, porque sabe, demasiado bien para admitirlo, que muchos aspectos de la estructura social de España muestran demasiada madurez, propia para una erupción de tal violencia. La propia republica de 1931 demostró su incapacidad a caminar a una con la ansiedad de las masas, que deseaban con pasión ver rotas las cadenas y suprimidas las injusticias que durante siglos venian padeciendo. La respuesta logica al comunismo no es la represión, sino un régimen de justicia social de tal naturaleza, que nadie pueda esperar mejorarlo con reemplazarlo por el comunismo. La falange sólo podía responder a ese problema yendose por su propia cuenta a la extrema izquierda y expropiando y desposeyendo a sus aliados de hoy

de la acumulación multiseccular de privilegios. De ahí, en cambio, la persecución actual y el avivar los fuegos del odio. Las derechas se consideran ya luchando en su última línea de defensa.

Vamos a exponer ahora otro factor que es inútil ignorar. España ha sufrido innumerables levantamientos y rebeliones, pero todavía no ha hecho su propia revolución. No es necesario desesperarse porque esa revolución tenga lugar, así como la canalización por vías pacíficas de las energías que produzca. El peligro real radica en la negativa a reconocer que es inevitable, y solo quien piense con esa negativa verá una solución duradera en la restauración monárquica de Don Juan. La monarquía como tal no tiene porqué ser necesariamente más reaccionaria que cualquier otro régimen, pero para ello es necesario que las credenciales del monarca no merezcan sospecha alguna. La negativa actual de Don Juan a aceptar el trono bajo los auspicios falangistas, no ha borrado o hecho olvidar que el pretendiente se identificó totalmente con el levantamiento de Franco. Su actitud política, puede bien ser calibrada con el prefacio que Don Juan escribió para la edición inglesa (Sands, 1939) de "El Nuevo Estado" de Victor Pradera. Este trabajo, de uno de los más grandes pensadores modernos de España - las palabras son de Don Juan - termina con la afirmación de que "El nuevo estado no es otro que el estado español de los Reyes Católicos". El maz tozudo de los conservadores ingleses puede muy bien dudar de que en un retorno al siglo XV se encuentre esperanza alguna para España.

En España hay muchos otros fundamentos, que es necesario conocer. Quizá el espacio nos permita aquí mencionar uno de ellos. Los que han tenido la curiosidad de estudiar el estrecho paralelismo entre la dictadura actual y la de Primo de Rivera, recordarán que en el testamento político de este último escrito en París en Marzo de 1930, poco después de su caída, admite muchos fracasos pero se apunta un señalado éxito: "El problema regional en sus aspectos legal, sentimental y político, no existe ya". Pero cinco meses después en el Pacto de San Sebastián se establecían las bases de la Segunda República sobre el completo reconocimiento de la autonomía de Cataluña. El actual régimen ha seguido contra el regionalismo una política similar: "Cualquier clase de separatismo es un crimen que no perdonaremos" (Punto número 2), y repite como aquel, que lo ha suprimido completamente. Las profecías sobre política española no suelen ser muy afortunadas, pero los observadores bien informados tienen la esperanza de que habremos de oír mucho todavía acerca del problema regional. Uno de los más perspicaces, Martin Hume, escribió hace más de cuarenta años, cuando no había nada que nublara el horizonte de la estabilidad política: "Queda en pie el hecho de que quizá lo más sabio aconsejaría reconocer la idea de origen de tantos españoles, estableciendo francamente un sistema federal de estados autónomos, ya sea bajo una monarquía o con una república".

Es este un problema que, dejando de lado las ideologías de derecha y de izquierda, explica perfectamente la complejidad de la escena española. Castilla, republicana o falangista, conserva todavía mucho de su claustrofobia medieval de los siglos en que cercada por reinos cristianos al este, norte y oeste y por los musulmanes al sur, luchó imparcialmente en todas direcciones por el derecho al espacio vital. El régimen unitario bajo la dominación castellana es una "idée fixe", consciente o inconsciente, de todos los castellanos, y una de las razones fundamen-

tales de que el volver simplemente a un 1931 no ofrece solución para el futuro, es la de que tanto los catalanes como los vascos no tienen menos fundamento que los falangistas para recordar con rencor la promesa incumplida de la segunda republica. En Cataluña y en el País Vasco, como los ha recordado recientemente Mr. Wallace, Vice-Presidente de los E.U., el amor individualista por la libertad triunfó ya en los tiempos medievales, antes aun de que tuviera expresión en Inglaterra. "Si quieren gobierno propio de los asuntos interiores de sus países hasta los vascos y catalanes, tienen tanto derecho a ello como los ingleses, rusos o americanos"; Así escribía Mr. Carlton Hayes, actual Embajador de los E.U. en Madrid, en su obra "Este inevitable conflicto".

Estos asuntos son de los propios españoles, quienes los tienen que resolver. Nuestro deber, repetimos, es el obtener conocimiento de los hechos y fomentar la justicia allí donde la veamos. Sin embargo nos concierne en grado sumo que España deje de ser la ulcera en supuración del cuerpo político de Europa. Nosotros deseamos que España tenga un gobierno con el consentimiento del pueblo y un régimen conciliador de los intereses de todos los españoles como tales españoles. No hay caso, todavía, de reconocer oficialmente un Gobierno español de oposición en el exilio, ni de garantía alguna de que los dirigentes de la nueva España habrán de encontrarse necesariamente entre los que desde 1939 viven fuera de su país. Podríamos esperar, sin embargo, que los años de residencia bajo cielos más democraticos hayan inducido a estos a reflexionar beneficiosamente sobre la verdadera naturaleza de la democracia y de las cualidades que esta exige. No basta con asumir simplemente que al colapso de Franco debe suceder una tercera republica o que si tal ocurriese, demostraría por sí, ser mejor que la segunda. Muchos de los que desean ese experimento, no ocultan por otra parte su preocupación al observar que los cinco años que llevan fuera de su país no han bastado para que los españoles exilados se dieran cuenta de lo que parecería lógico a la mentalidad inglesa, es decir, el paso inicial lógico, la reunión alrededor de una mesa de los representantes autorizados de todos los grupos con el fin de forjar un acuerdo lo más amplio posible. La ilusión que acepta la adhesión de individuos sin autoridad ni representación, como poseyendo el derecho de que una determinada organización hable en nombre de otros grupos, es de tal especie que puede en el futuro resultar con repercusiones fatales.

Puede asumirse que la política británica con respecto a España durante los últimos cuatro años, ha sido dictada por cuestiones de conveniencias militares. Como línea política ha sido profundamente repugnante para importantes sectores de la opinión británica. La oportunidad que en el futuro inmediato tendremos todos para ayudar a que un pueblo amigo vuelva a ocupar su lugar en la armonía de las naciones libres, va a constituir una prueba experimental de la sinceridad y realismo de este país y de su conocimiento del clima político de la nueva Europa. Hace un siglo y un cuarto, Inglaterra, enfrentada con la separación de España de sus colonias americanas, interpretó con exactitud la marcha de los acontecimientos y ayudó a que un buen número de naciones libres se iniciaran en la vida. Pero hace un cuarto de siglo, cuando Inglaterra fué enfrentada con la revolución rusa, erró lastimosamente el significado de aquella y en un vano intento de parar la marcha del tiempo, contribuyó a la confusión e inestabilidad de Europa de las

que trae causa la guerra actual.

¿Es que por nuestro apego a la tradición o por nuestra estimación natural de la ley y el orden que en este país no se oponen a los cambios sociales, o por pura preferencia negligente a tratar con gobiernos extranjeros autoritarios y ultra-centralizados, vamos ahora a ser una vez más cómplices de un crimen que vaya a cometerse con el pueblo español?

Nos ha dicho recientemente Mr. Eden, que nuestro gobierno en la actualidad, no tiene miedo a las revoluciones. Tampoco en el pasado ha sido característica británica la de temer a adoptar abiertamente una posición en defensa de los principios. "Es en todo momento honroso y también político, en países donde existe una opinión pública, no demostrar igual indiferencia ante el bien que ante el mal. No debe haber intromisión alguna en asuntos de tipo personal, ni se deben fomentar las intrigas. No deberá haber por otra parte dificultad alguna en abogar por los principios. De este modo se forma el carácter de un estado, y es precisamente el carácter del Estado lo más profundo y duradero de su potencialidad", así escribió un antiguo Embajador Británico en Madrid, Sir Henry Bulwer, a Palmerston en 1848, cuando un Gobierno reaccionario había vuelto a arrebatarse al pueblo español sus libertades fundamentales. Tal era el lenguaje de hace un siglo. Y es buen léxico también para la misma diplomacia de los momentos actuales. El hecho de que Bulwer tres días más tarde recibiera su pasaporte de manos del Gobierno español, no quita para que vuelva a ser puesta en práctica.